

Nº 604
28
Marzo
2022
Lunes



De quién es la calle

Emilio Álvarez Frías

Asusta oír decir que «la calle es nuestra», cosa que hacen los fanfarrones cuando desean mandar a sus huestes a tomarla de forma indebida con el fin de hacer valer su poder sobre la sociedad o sobre parte de ella. Lamentablemente es frecuentemente ver cómo quienes aparecen al frente de las mesnadas son los propios ministros del Gobierno a los que, al parecer, no les basta disponer de todos los medios de comunicación, directa o indirectamente, ni siquiera el Parlamento de la Nación y el BOE, sino que salen a la calle encabezando manifestaciones para hacer constancia de la suciedad con la que van manchando a la sociedad, a todos los españoles. Aunque, a veces, quienes toman el testigo son los sindicatos «oficiales», los que succionan el poder de los trabajadores, no porque representen su voluntad sino porque se han apoderado de ella y dependen de los partidos de izquierda prepotentes, de la extrema izquierda que se viste con pieles de cordero, permitiendo que toda la morralla del país se sume a sus manifestaciones y haga uso de la violencia, el salvajismo, el bandolerismo y el enfrentamiento con las fuerzas del orden.

Estos días se está demostrado que la calle no es de las hordas de la izquierda sino que también, cuando es necesario, el resto de los ciudadanos saben utilizarla para sus quejas, para sus reclamaciones, para poner de manifiesto que los quehaceres del Gobierno no van por buen camino sino que, como ahora, en estos momentos, además de llevar a la nación hacia rutas perjudiciales, nocivas, pues con sus decisiones van destruyendo los valores que la han calificado durante siglos, la conducen hacia el desastre, a la ruina, a la anarquía, al desorden, con un desgobierno insostenible, pues no se puede mantener cuando ni siquiera hay unidad de acción o pensamiento entre sus componentes.

Todo ello ha llevado a que, en estos momentos, la calle la hayan tomado el «medio millón de marqueses» del que nos hablaba hace unos días Alfonso Ussía, que si bien están perjudicando a todos los españoles en el uso de determinados servicios, e incluso en verse privados no pocos españoles de su trabajo, se están manteniendo firmes frente a un Gobierno desastroso, que llega a un acuerdo con una parte de los perjudicados olvidando a otra gran parte del sector.

Y, sobre todo, está claro, están afirmando que la calle puede ser ocupada por otros sectores que no son la izquierda que habitualmente la toma para poner de manifiesto sus pretensiones, sino que otros españoles también la saben usar para dejar constancia de sus quejas respecto a las actuaciones del Gobierno.

Nosotros, quede constancia, no somos partidario de que la calle sea ocupada masivamente por la ciudadanía con más o menos violencia. Pensamos que la calle es el lugar en el que han de encontrarse todos los españoles para llevar adelante su vida, para disfrutar de ella, para utilizarla como lugar de recreo y como medio de comunicación entre unos y otros. Pero si llega el caso, no podemos por menos de salir a ella a manifestar nuestro disgusto, o nuestra alegría, que a veces también tiene lugar, o para recrearnos en la celebración de las fiestas del lugar, patrias o de otro carácter comunitario. Por eso añoramos los tiempos en los que nuestros antepasados se sentaban en verano, en las clásicas sillas de enea, en la puerta de la casa, a comentar con sus vecinos el transcurrir de la vida de la ciudad y sus habitantes, acompañados por un botijo que calmaba la sed cuando era necesario. Hoy traemos un curioso y antiguo botijo, del alfarero Jiménez de Jamuz, de León, de barro vidriado, que tiene la particularidad de ser «de trampa», con lo que el bebedor confiado puede regarse en lugar de beber.



* * *

Negacionismo de lo español

Manuel Parra Celaya

He leído en la prensa diaria que la Armada Española va a suprimir este adjetivo y dejar simplemente su *imagen corporativa* en el sustantivo *Armada*, al modo como son designados el Ejército de Tierra o el Ejército del Aire, que no necesitan de esa precisión. No ha dejado de haber quienes se han alarmado, interpretando la instrucción como una nueva concesión a la «*corrección política*» del momento; claro que los hay susceptibles, en parte con razón, dado lo que está cayendo...

Por mi parte –y espero no equivocarme– no pienso que haya que buscarle tres pies al gato en cuanto a esa modificación, ya que a buen seguro chocarían frontalmente con la dignidad de nuestros marinos. También he de decir que siempre he preferido para mi colete la expresión genérica de *Ejército Español* –aplicable a Tierra, Mar y Aire– que la anodina *Fuerzas Armadas*, pero esto es un capricho personal y ya saben que, para gustos, colores.



Algunas veces he escrito sobre la fuerza de las palabras, sobre todo en relación a que estas nos llevan inmediatamente al concepto; la estabilidad de un

signo lingüístico es lo que asegura la comprensión. De este modo, el horrendo lenguaje *políticamente correcto*, además de ofrecernos aberraciones gramaticales, que siempre combatí en las aulas, pretende, en su fondo, subvertir o deconstruir el pensamiento, es decir, las ideas que tenemos sobre las cosas; con fidelidad a la estrategia gramsciana, este es el objetivo de estas formas de expresión que nos quieren imponer, porque –como he dicho muchas veces– las palabras crean el pensamiento y no al revés.

Con respecto a los apellidos, hemos tenido y tenemos abundantes muestras de que, cuando se refieren a nuestra colectividad histórica concreta, estos eran eliminados de un plumazo para no *ofender susceptibilidades*; y pongo solo dos ejemplos: los *Paradores Nacionales* eliminaron la segunda parte de su enunciado, y quedaron solo como *paradores*, con lo que, siguiendo a don Camilo José Cela, igual podrían denominarse posadas, hoteles, mesones u hostales (eso sí, de lujo). Sospecho que se trató de una concesión a las Autonomías más propensas a ser díscolas, esas que se autotitulan *nacionalidades* o, sin rebozo, *naciones*.

Otro ejemplo fue la eliminación de la segunda parte del título de un gran pe-



riódico, que dejó de ser *La Vanguardia Española* hace años para ser simplemente *La Vanguardia* a secas; dijeron que el apellido fue una imposición del Régimen anterior para lavar el frenesí frentepopulista del rotativo en la guerra civil, pero no me negarán que no quedaba nada mal dar a entender que Barcelona estaba a la vanguardia de España; en fin, cosas del Grupo

Godó, receptor de generosas subvenciones de la Generalidad de Cataluña...

Si pasamos de los apellidos al sustantivo, y usamos de aquella «*inteligencia*» a la que Juan Ramón Jiménez pedía que le diera «*el nombre exacto de las cosas*», observaremos que la propia palabra *España*, que, según José Antonio Primo de Rivera, «*es por sí misma enunciado de una empresa*», fue casi borrada del *politiqués* desde la Transición, sustituida por el trivial «*país*», que igual servía para un roto que para un descosido, con lo cual mis posibles compatriotas (que viene de *patria*, es decir, *empresa común*) quedaban reducidos a la condición de *paisanos*. En las iglesias, las homilias y Plegarias de los Fieles se acogieron y acogen al invento («*oremos por nuestro país*»), con lo cual los fieles quedan todos contentos, entendiendo que se refiere al Bierzo, a Euskadi, a l'Empordà, a Cataluña, a Andalucía o al conjunto de todos.

En realidad, no se trataba de otra cosa que de mantener y suscitar la duda de la propia existencia de España como tal. En relación a esto, les recomiendo de todo corazón la lectura del interesante y divertidísimo libro *Fake news del Imperio español*, de Javier Santamarta del Pozo, en especial en su capítulo titulado «*Fake news prima. Breaking: España no existe*», donde se pasa revista a

un sinfín de *eruditas* afirmaciones (mejor dicho, negaciones) sobre la existencia de nuestra patria. Lo más grave es que la sarta de *negacionismos de España* ha sido impulsada desde los mismos poderes ejecutivos de diversas orientaciones, unas por sectarismo ideológico, otras por vergonzantes apocamientos, provenientes de no sé qué complejos.

La palabra *España* ha llegado a ser un término tabú, al modo de los niños que no osan pronunciar los nombres de los monstruos que perturban sus sueños; así, con el silencio o el eufemismo, se puede realzar hasta el infinito a cualquiera de sus partes constituyentes históricamente, que se alzan con el santo y la limosna para proclamarse como *naciones sojuzgadas*. No hace falta mencionar la estúpida forma de compromiso que supone el espurio invento de la «*nación de naciones*»; y es que los hay que utilizan papel de fumar y guantes de boxeo para sus necesidades fisiológicas más elementales...

Tengo para mí, pese a todo, que España es mucho más que un simple vocablo, sea este usado, silenciado o pervertido por los políticos: España es un *concepto* y una *idea*; y que, para ser cabalmente español, no basta con poseer un DNI que lo afirme, sino que es necesario entender y sentir (es decir, aplicar la *inteligencia* juanramoniana, unida a la sensibilidad y a la afección por la patria común. Pensemos que los *negacionistas de España* disponen de ese DNI...

Otra cosa es que sea legítimo opinar sobre los futuribles de España, estén estos escorados a babor o a estribor; uno piensa que debe ser la proa la que marque la dirección, y que la orientación viene dada por unas estrellas que se llaman herencia histórica, justicia para todos y libertad profunda.

* * *

La gran derecha

Enrique del Pino

Aun observador relativamente optimista le vienen pocas veces situaciones tan prometedoras como la presente, cuando junto a la caída en picado del principal partido de la oposición, y las anheladas consecuencias que de ello parecen derivarse, se une la nefasta y hasta provocativa estancia (porque simplemente se le puede llamar así, puro y simple estar en un lugar donde se cobra todos los meses) del Gobierno que España padece, que se identifica por sumar a sus talentos cuatro o cinco capitostes marxistas comunistas, llamados rojos, nada menos que después de ochenta años, cuando tan horrenda ejecutoria tuvieron en la guerra civil. Y digo ocasión que conlleva promesas de futuro porque, se quiera o no, basta con llevar la mente un poco adelante para advertir que el país se halla a las puertas de una más que gratificante perspectiva: el socialismo imperante puede ser destruido. Naturalmente con los votos de los españoles, en urnas y libremente. Aunque a ellos les pese.

No será más que la disposición de las piezas en el tablero adecuadamente. El príncipe, acosado desde todos los ángulos, las está viendo venir como se presume una tormenta, que le sumirá en la vorágine. Es posible que, en su fuero interno, si es que lo tiene, piense que se lo merece. Por supuesto. Por muy poco que discurra en los foros esos adonde va, de alfombras y cortinas,

por muchos abrazos que se dé con otros mindundis europeos más o menos de su talla, por muchas comilonas que se pegue en hoteles de cinco estrellas y por tantas cosas como se le suponen que ejercita pero que nunca está bien ponerlas por escrito, alcanzará a darse cuenta que de los varios presidentes de España que han sido, incluyendo a su mentor ¡Zapatero!, él los aventaja en cuatro o cinco cabezas, o cuerpos, o como quiera que se diga en el deporte equino. Sí, el buen hombre está acabado y lo sabe, a pesar del CIS y de sus palmeros, a pesar de ir nueve veces a La Palma, a pesar de la epidemia, a pesar de Ucrania, a pesar de las huelgas de transportistas y lecheros, a pesar de sus inflaciones, a pesar de sus sonrisas impostadas, a pesar de no tener idea de lo que es gobernar una nación como la española, que siempre se distinguió por tener una idea suficientemente clara de lo que es el señorío, el buen hacer y el sentido del honor. Pues todo esto, que este ser desgraciado ha traído a España, barrunta tiempos de renovación por algo tan simple como es la catástrofe que se ha producido enfrente, quiero decir en el partido que puede mandarlos a otra parte.

Porque, según el refrán, no hay mal que por bien no venga, lo ocurrido en el PP ha traído consigo una espuerta llena de esperanzas. No se trata de una simple sustitución de mandatarios sino del descubrimiento de un armario nuevo, donde los ropajes están a la espera de ser vestidos por personas capaces, en principio con otras ideas para encarar la vida, es decir la gobernación. Se da la circunstancia de que junto a esta derecha hay otra, que rema en el mismo sentido y que ha demostrado, sobre todo en Castilla-León, aparte otros sitios, que no guarda rencores por lo sucedido el día de la fallida moción de censura. Una derecha que el rojerío imperante, sobre todo el entreverado en las pantallas de la televisión, especialmente la «Secta», se empeña en llamar «ultraderecha», del mismo modo que ahora le ha dado por tenernos bombardeados con lo de la agresión rusa a un país soberano todos los días, a todas horas, en aras de los índices de audiencia que ellos se inventan. Pero, en fin, hablábamos del fin que se avecina, que es el del socialismo español, al menos por unos cuantos siglos.

Porque la situación de deterioro ha llegado a tal punto que no basta con echar a esta gente. Eso será poco. Hay que borrarlos del panorama habitual donde se mueven las personas decentes y mantenerlos en las madrigueras sin luz de donde no debieron salir hace ya no sé cuántos años, que en eso de automacerarse son especialistas. Hay que hacerles ver, esta vez completamente en serio, esta vez sin la ayuda de nacionalistas separatistas independentistas y golpistas que en el horizonte asoman, y suenan, tambores y trompetas de victoria, las verdaderas, que unidas van a recuperar España, sacarla del pozo cenagoso donde los sociocomunistas la han metido en unos



cuantos meses. Sí, esa música se tiene que llamar de la Gran Derecha. Será, o debe ser, el Gran Concierto de la Unidad de España. Basta ya de tiquismiquis, basta ya de enfados de cine, basta ya de entretenerse en juegos de patio de colegio y abordar el problema tal y como debe ser abordado, de frente, por la cara, enarbolando unos principios que ni en sueños los señores que detentan el poder conocen.

Es conveniente dejar claro que este artículo no es un desahogo visceral, aunque podría serlo. No, nada de eso. Se trata de una recomposición sencilla del problema de España, que como he dicho otras veces parece que se nos va por el sumidero. Es completamente necesario reunir en un solo haz a todas las derechas del país para derribar el muro de contención que los rojos han ido creando a lo largo de los años. Ha sido una fortificación. Pero ya deben saber lo que le pasó a la Línea Maginot. Ellos no son un partido sino una organización que reclama espacio para seguir en el medro y continuar en el machito de las prebendas y el acomodo. Pero ese lo destruyó en Andalucía una derecha organizada, a la que entonces nadie hizo caso, y luego se repitió en Madrid, Murcia y ahora en la vieja Castilla, y León. Y todo porque cuando no se camina con la Verdad pintada en el rostro, con la fachenda de lo español, más pronto a o más tarde la gente del común reacciona. Aunque sea cuarenta años después. Si no a ver, ¿cómo reaccionará el señor de los anillos con el marrón del Sahara, cuando a lo mejor no sabe ni por dónde cae en África? Lo vamos a ver en seguida, tan pronto los camiones y los lecheros dejen las calzadas libres. Bueno, eso será si antes la geopolítica de cuento que este estratega lleva delante no acaba metiéndonos en la III Mundial, que todo es posible.

* * *

El peor Gobierno para el peor momento

«Ojalá Pedro Sánchez rompa su palabra una vez más y convoque elecciones, así por lo menos podemos soñar con la posibilidad de que le llegue pronto el relevo»

Pilar Cernuda (ElSubjetivo)

Hace tiempo que se acuñó esa frase en España, pero nunca es tan aplicable como ahora, con una amenaza de guerra mundial y una crisis económica desahogada que difícilmente el equipo de Moncloa, el equipo de Sánchez, podrá sofocar.

Pedro Sánchez no tenía ninguna experiencia de gestión cuando llegó al Gobierno, esgrimía un dudoso título de doctor en economía que desde luego no ha utilizado para emprender políticas que demostraran que merecía el doctorado; la mayor parte de su Gobierno no tiene ni idea de los asuntos relacionados con sus respectivos departamentos y se nota y, encima, algunos de sus ministros han aprendido las peores artes del presidente y no han dudado en sumarse a esa irritante y vergonzosa manía de mentir sin que se les mueva un músculo de la cara, tomarse la política de transparencia a título de inventario y considerar el dinero público como algo que se puede utilizar para promocionarse política y personalmente.

Hasta el ministro Albares, que empezó con buen cartel y al menos conocía el Ministerio de Exteriores, porque es diplomático y se ha preparado convenientemente, queda ya contaminado al convertirse en un engañador más, como ha hecho con el cambio de posición respecto a Marruecos y el Sáhara. Dice que no es tal cambio, sino que España mantiene la postura de siempre. ¿Hasta cuándo van a seguir mintiendo? La ONU y Bruselas han advertido al Gobierno de que no olvide que cualquier decisión respecto al Sahara debe respetar las resoluciones de la ONU; advertencia innecesaria si no hubieran visto novedades en lo que defiende ahora España y lo que defendía el Gobierno hasta que Sánchez

envió la famosa carta al rey de Marruecos.



Este PSOE, y hay que insistir en lo de «este» porque en la historia reciente del PSOE encontramos personajes de gran categoría, no solo comete errores que dejan a España bajo las patas de los caballos inter-

nacionalmente hablando, sino que lo que más indigna, por no decir cabrea, es que toma a los españoles por idiotas. Como si no supieran nada de nada, como si fueran analfabetos funcionales. Que alguno habrá, seguro, pero los españoles conocen, por lo menos, la trastienda de sus sectores. La gente del campo sabe de cifras, de costes y de capacidad de producción; sabe de precios en los países extranjeros, y también lo que cobran los intermediarios. Sabe sumar y restar. Como sabe qué medidas puede tomar el Gobierno para paliar la pesadilla que están viviendo y cuáles no puede tomar sin el visto bueno de Bruselas.

Sánchez empezó a ver que las cosas se torcían cuando más seguro estaba de que no había nada ni nadie que se le pusiera por delante. En un mes cambió totalmente el panorama. Se encuentra con que su principal adversario ya no es Casado, sino Feijóo, lo que cambia mucho la cosa; se inicia una guerra en Europa alarmante y dramática como todas las guerras, de consecuencias imprevisibles; hay reuniones importantes entre los dirigentes europeos a las que no es invitado y, si no fueran suficientes problemas, a la mayúscula crisis energética que arrastrábamos desde verano y que ha dejado a las familias temblando con los recibos de la luz se suma ahora que esa crisis se agudiza porque peligra el suministro de gas, los carburantes se ponen por las nubes y el sector primario no puede sobrevivir con los nuevos costes.

La consecuencia inmediata ha sido una escena que los españoles que no vivieron la posguerra pensaban que jamás conocerían si no fuera por las películas y la televisión: supermercados con estanterías semivacias –y más que se vaciarán– y pequeños negocios de alimentación que cierran por falta de mercancía, y así seguirán hasta que finalicen las huelgas de transporte y las flotas pesqueras puedan hacerse a la mar sin que eso suponga pérdidas en sus menguadas economías.

Otros países de nuestro entorno sufren la misma o parecida situación. Pero cuentan con una ventaja sobre España: Gobiernos sólidos, con presidentes que se toman en serio sus responsabilidades, con prestigio internacional y a los que se considera personas de fiar. Desgraciadamente, la fama de Sánchez y su facilidad para mentir ha traspasado fronteras.

Esa capacidad de engaño solo tiene una lectura positiva: que no hay por qué creerle cuando asegura que no piensa convocar elecciones antes de que finalice la legislatura. Ojalá rompa su palabra una vez más, así por lo menos podemos soñar con la posibilidad de que a este presidente, el peor presidente de la democracia, le llegue pronto la hora del relevo.

* * *

Sánchez, esto no es un presidente

Treinta días después de la invasión de Ucrania, el Gobierno ha sido incapaz de aprobar una sola medida para paliar el vendaval de desastres. El único paso de Sánchez, ese acuerdo secreto con Marruecos

José Alejandro Vara (*Vozpópuli*)

Huyó despavorido, este martes en Bruselas, cuando se le preguntó por el acuerdo sobre el Sáhara. Su homólogo belga, Alexander De Croo, tan espigado como él y hasta rival en cuanto a apostura, apenas daba crédito a la fuga. «Esto no es un presidente», murmuró un veterano funcionario comunitario al contemplar la estampa escasamente gallarda del español. Pedro Sánchez considera, como el personaje de Conrad, que «la valentía es una virtud de subtenientes». No afronta una rueda de prensa, no comparece en público más que en recintos blindados, jamás pisa la calle, no concede más entrevistas que a las emisoras amigas y no es capaz de sostener la mirada, o la palabra, ante un comunicador independiente, que alguno habrá.



Huyó por su derecha, en efecto, atosigado por las preguntas y urgido por los ardores, mientras su anfitrión, que va cada mañana en bici a su despacho, se quedaba literalmente de piedra. Una pregunta admitió, y casi a contrapelo, el jefe del Gobierno español, a la que respondió con su habitual cascada de naderías.

No permitió más. Las sesiones con los medios que agradan a Sánchez se limitan a las que le obsequia el amable Emmanuel Macron, su jefe de Estado favorito, quien le concede plantarse ante el colosal Elíseo, deslizar una escueta declaración «institucional», amagar unas sonrisas, unas fotitos, y ya se siente Bonaparte.

Detesta, o teme, a los medios, y desprecia al Parlamento, donde al parecer reside la representación de la soberanía nacional. La Casa Real de Marruecos desveló este viernes, con cierta nocturnidad y alevosía de finde, la misiva que le había remitido el jefe del Gobierno español en la que abrazaba la postura alauí sobre el Sáhara. Decisión histórica, paso excelso, iniciativa inconmensurable, diplomacia cumbre... Los voceros de la Moncloa se deshacían en elogios ante tan controvertida resolución, desconocida por la mayoría del Gobierno (esa entelequia multitudinaria y absurda), la oposición en pleno, y por supuesto, el Legislativo. Una atropellada rueda de prensa desde Barcelona, a cargo del ministro de Exteriores, José Manuel Albares, transmitió con enorme dificultad a la sociedad española algunos detalles del sorprendente asunto. Sin embargo, los más importantes, como por ejemplo, la propia carta española remitida al entrañable sátrapa del sur, sigue siendo un secreto. Dos días después, esta vez desde Bruselas, el propio canciller español también se escabulló torpemente de la prensa luego de responder alocadamente a un par de cuestiones sobre el asunto.

En su línea audaz, Sánchez ha enviado a su fiel escudero, al jefe de su diplomacia, a que comparezca



en el Congreso para dar cuenta de tan esplendorosa novedad. El propio presidente no dará explicación alguna a las Cortes hasta al menos doce días después de haberse emitido el comunicado marroquí. Y lo hará en un marco ambiguo, con el tema saharauí camuflado con otros

asuntos como Ucrania, el combustible, que estos días sobresaltan a la UE. O sea, tramposo y opaco, cual es norma de la casa.

Sánchez se oculta. En uno de los momentos más comprometidos no ya de su mandato sino de nuestra reciente historia, se muestra siempre reacio a dar la cara. Se cumplen ya 29 días desde que los tanques de Putin traspasaron las fronteras de Ucrania y el Ejecutivo no ha sido capaz de aprobar, aplicar o disponer una sola medida para afrontar los desastres del terremoto bélico. Ni una sola. Ni en el plano energético, ni el diplomático, ni en el económico, ni en el social... Todo son titubeos y zigzagueos, manotazos de un zombi perdido en las tinieblas de un filme de serie B. Una sucesión de episodios desmañados sin criterio alguno ni argumento razonado. El envío de armas ofensivas a Zelenski, el tope al precio de la luz, la negociación con los transportistas y ahora, el esperpento del Sáhara, un rosario de desaciertos, despistes y estruendosos patinazos.

¿Hay alguien al mando?, es la pregunta recurrente de una sociedad que se siente desamparada, sin nadie a quien recurrir, sin un maldito clavo de esperanza al que aferrarse. Un ejemplo: la red ferroviaria de cercanías sufrió este lunes la más severa avería de los últimos años mientras la ministra del ramo, una Raquel Sánchez, se ocupa de bautizar la estación de Atocha con el nombre

de una olvidable escritora o de calificar de «extrema derecha» a los cientos de miles de manifestantes que acercaron a Madrid el drama creciente del agro.

En una situación que bordea la pesadilla y antecede al pánico, con los supermercados en fase de desabastecimiento, la inflación lanzando los precios a la estratosfera, las facturas de combustibles, electricidad y gas a niveles siderales, los coletazos de la pandemia, apenas hay respuesta eficaz o sensata desde la Moncloa. El gobierno eco-feminista y superguay de PSOE-Podemos ha demostrado ser el artefacto más inservible de nuestra reciente historia, una colección de pazguatos resentidos, gandules excelsos, ignorantes revenidos, incapaces de hilvanar una sola respuesta a la descomunal tormenta que todo lo arrasa.



Pablo Iglesias, líder espiritual de la parte morada del Gabinete, acaba de asegurar que

«no hay nada más imprudente que fiarse de Sánchez». Bien lo sabe Biden que evitó este lunes, de nuevo, incluirlo en su ronda de llamadas a líderes europeos. En muestra palmaria y apoteósica de su incapacidad, el presidente del Gobierno acaba de concluir su gira por diversas capitales de la UE con una tajante afirmación: si la ayuda europea no llega, España no podrá salir del hoyo. Es la constatación perfecta de la inutilidad. La culpa siempre es del otro. De Franco, de la ultraderecha, de los toros, de Ayuso, de Putin... Ahora, de Bruselas. «Enhorabuena, estás un peldaño más cerca de tocar fondo», cabría decirle a Sánchez lo que Brad Pitt a Edward Norton en *El club de la lucha*.

El problema es que en su hundimiento se lleva a toda una nación consigo. Definitivamente, tenía razón el funcionario europeo. «Esto no es un presidente».

* * *

Biden humilla a Sánchez: no se reunirá con él ni para organizar la cumbre de la OTAN en Madrid

Es tradición que el presidente de EEUU se reúna con el anfitrión antes de la reunión anual de la OTAN. Biden excluye a Sánchez de su gran reunión para consolidar la posición común frente a Rusia. Biden aparta a Sánchez de su conversación con los líderes europeos para hablar de Ucrania.

Joan Guirado (OKdiario)

No habrá reunión de Pedro Sánchez con Joe Biden. Ya lo advertía el propio presidente del Gobierno en Roma tras la celebración del G-20: «No está en la agenda». Y no, Sánchez no está en la agenda de Biden, por mucho que Moncloa presione a la Casa Blanca. Tampoco se reunirá con el

presidente en esta gira europea del líder estadounidense a Europa, la tercera desde que se hizo cargo de la administración norteamericana. Un rechazo que deja prácticamente sin margen para un encuentro previo a la celebración de la cumbre de la OTAN en Madrid, rompiendo así la tradición de que el inquilino de la Casa Blanca se cite con el anfitrión de la cita. Fuentes diplomáticas señalan que «es altamente improbable» una invitación formal a Washington «tal como está la situación geopolítica».

Fuentes de Moncloa descartan ese encuentro bilateral entre ambos mandatarios durante los dos días que coincidirán en Bruselas. Los contactos que puedan mantener los reducen a los protocolarios entre los diferentes líderes que coinciden en la mesa de la Alianza Atlántica. Aunque esta vez, de forma extraordinaria, Joe Biden también

participará en el Consejo Europeo. Esas fuentes han explicado, preguntados por un posible encuentro en el último foro internacional que coincidirán antes de la reunión de la OTAN en Madrid, que «se sientan al lado en la mesa [aunque no de forma literal] y se van a ver en la mesa». Es ahí, señalan, «donde tendrán ese contacto».



Casi más breve e impersonal que el paseillo de 29 segundos que protagonizaron en la reunión anual de la Alianza Atlántica de Londres del año pasado.

Desde el Gobierno, pese al rechazo permanente de Biden a considerar a Sánchez un interlocutor válido –no convocándole a ninguna de las reuniones con los principales líderes europeos para analizar la situación en Ucrania– afirman que «la coordinación y la relación con la administración de Estados Unidos es permanente, fluida y a todos los niveles». Es el argumentario habitual de Moncloa, asegurar que «estamos en el centro de la toma de decisiones».

* * *

Tetuán y Tánger, espejo de Ceuta y Melilla

Si defendemos las fronteras - y guerreamos por ellas- no es por caprichos tribales que el hombre supuestamente civilizado debe superar

Mariona Gumpert (*Vozpópuli*)

Hace una semana nos estremecíamos con el bombardeo ruso sobre Leópolis, acción de gran carga simbólica por situarse esta ciudad a pocos kilómetros de la frontera con Polonia. En un momento en el que debatimos con superficialidad si debemos decir «ucraniano» o «ucranio», no está de más recordar que si los países de origen latino decimos «Leópolis», los

ucranianos «Lviv», los polacos «Lwów» o los alemanes «Lemberg» no es únicamente por motivos lingüísticos: la ciudad ha sido una de las víctimas del movimiento de fronteras que asolaron Europa del Este a lo largo del siglo pasado. Esta situación territorial delicada la configuró, en compensación, como una de las ciudades más cosmopolitas de la Europa eslava, donde han convivido polacos, ucranianos, armenios, bálticos o judíos rusófonos. No es de extrañar que quienes habitaran en ellas dominaran con frecuencia varios idiomas.

Conocer más en profundidad la historia de Leópolis me retrotrajo a la historia de mi propia familia, de origen alemán y habitantes de las ciudades internacionales de Tánger y Tetuán durante algunas generaciones. Recordé las historias que me contaron sobre estas metrópolis ricas, sofisticadas y cosmopolitas habitadas por franceses, alemanes, españoles, árabes y sefardís, entre



otros. Siempre me fascinó la figura de mi bisabuelo, José Gumpert, a quien trataba de imaginar deambulando desenvuelto por aquellos lugares, brincando de un idioma a otro de los ocho que dominaba, algo común a quienes habitaban este tipo de ciudades, ya fueran Tánger, Tetuán, Casablanca o la Léopolis de esa misma época.

La Guerra Civil española y la II Guerra Mundial acabaron con este sueño. La mayoría de los varones Gumpert fueron reclutados a la fuerza por el ejército alemán y murieron en el frente ruso, algo que no debería ventilar por aquello de que no me caiga el sambenito de «nazi», esto de matizar y contextualizar no se lleva demasiado. Las mujeres de la familia sobrevivieron como pudieron en la península, historias parecidas a la mayoría de los españoles de aquella época y en las que es mejor no abundar. No es época esta para excitar sentimentalismos, menos si son pretéritos.

Mi tío abuelo Juan –el menor de los Gumpert en habitar Tánger y Tetuán– tuvo la ocurrencia de volver en los años noventa, cuando estas ciudades llevaban formando parte de Marruecos aproximadamente treinta años. Lo animaba el poder contemplar de nuevo los únicos lugares de su infancia en los que fue feliz. La bofetada de realidad fue más que considerable. Las dos urbes apenas eran una sombra de lo que él vivió. Nunca llegamos a ser plenamente conscientes de la esencial fragilidad de la civilización y de todo aquello que construye.

El penoso movimiento de Sánchez con nuestro vecino del sur va mucho más allá de enemistarnos gratuitamente con Argelia y poner en peligro uno de nuestros suministros de gas, justo en el momento en que más lo necesitamos.

No implica únicamente el abandono del pueblo saharauí, por más que nos duela esto en el alma. Ni siquiera es un mero asunto de «líneas en el mapa», como mucho infantiloides cuyo único himno es el *Imagine* de John Lennon podrá sostener. Si defendemos las fronteras –y guerreemos por ellas– no es por caprichos tribales que el hombre supuestamente civilizado debe superar.

Las fronteras se establecen para edificar sobre ellas y proteger lo construido. Los españoles deberíamos –como ya lo está haciendo el resto del mundo libre– dejarnos de ideas peregrinas y darnos un garbeo por los libros de historia. No hace falta remontarse mucho en el tiempo para saber lo que podría ocurrirles a Ceuta, Melilla y Canarias si seguimos aletargados por mantras estúpidos que se nos han inoculado desde cuatro departamentos inútiles de una pseudo-facultad de Humanidades.

* * *

Libros

Los últimos de América

Editorial Actas, Madrid

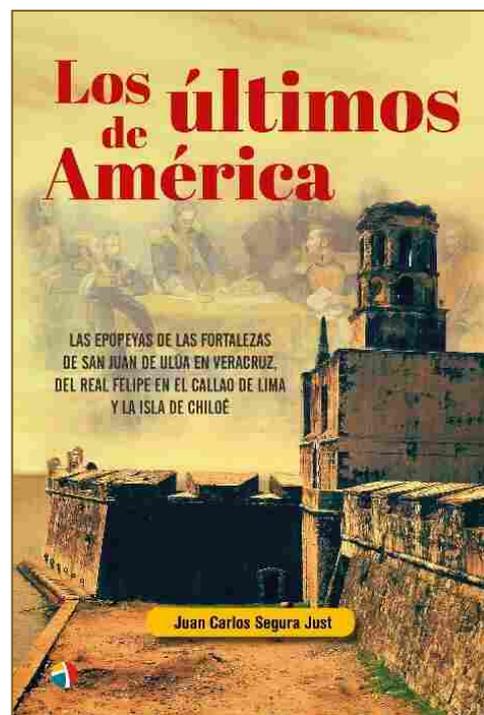
Cuando finalizaron las guerras de emancipación de los virreinos de España en América, la Corona española, encarnada por el rey Fernando VII, quiso mantener bajo su dominio la fortaleza de San Juan de Ulúa de Veracruz, en México, y la del Real Felipe en el Callao de Lima, así como el archipiélago de Chiloé en Chile.

Este libro es un homenaje a sus defensores, los brigadieres Francisco Lemaur, José Coppinger, José Ramón Rodil y el gobernador Antonio Quintanilla, que mantuvieron enarbolada la bandera de España varios años después de la independencia de aquellos territorios.

Después, muchos criollos, indios y mestizos se alzaron en armas contra las nuevas Repúblicas de México, Colombia, Perú, Chile y Argentina, luchando por la fe católica y por la vuelta de la soberanía española, hasta que la bandera de la cruz de Borgoña fue definitivamente arriada en el campamento de El Alamito, en Argentina, ocho años después de la batalla de Ayacucho.

Los últimos de América aborda las epopeyas de las fortalezas de San Juan de Ulúa de Veracruz, en México, y la del Real Felipe del Callao de Lima, así como el archipiélago de Chiloé en Chile.

El destino, un largo asedio con multitud de bajas y los últimos anhelos por mantener enarbolada la bandera de España condujeron a la deposición de las armas. Fueron cuatro años y tres meses de enconada resistencia en una defensa heroica y leal a España de los militares realistas. Una gesta que concluyó, irremediablemente, con el desplome de los tres reductos de un imperio agónico.



Juan Carlos Segura Just nació en Barcelona en 1960, es abogado y doctor en Derecho por la Universidad Central de Barcelona. Es autor del *Libro negro de la Independencia, Hispanos y españoles en la Guerra de Secesión americana* (Editorial Actas, 2019) y *Soldados de cuatro patas: Los perros de guerra de España* (Editorial Actas, 2020).

* * *

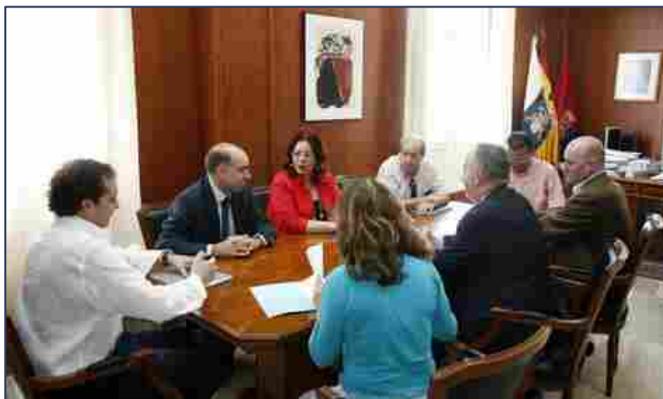
Rincón del fraude y otros barullos

El PSOE sustrae para sus arcas el 95,7% de los fondos asignados por la Mancomunidad de Aguas de Huelva

El «caso ERE» del PSOE de Huelva: se financia con 2,1 millones sustraídos de la Mancomunidad de Aguas

Carlos Cuesta (OKdiario)

El pleno de la Mancomunidad de Aguas Costa de Huelva cuenta con presencia de los grupos políticos a los que paga por sus servicios prestados. El grupo socialista presente en esta institución ha recibido desde 2013 un total 2,2 millones de euros. Y sus servicios han debido ser tan exigentes y laboriosos que han transferido a las cuentas de su formación nada menos que el 95,7% de la asignación de fondos a la que ha tenido acceso. Traducido: la Mancomunidad de Aguas de Huelva se ha convertido en todo un grifo abierto para la financiación de los socialistas.



OKdiario ha tenido acceso al informe elaborado por Santiago Moreno Romero de la Osa «en calidad de administrador de la Agrupación Provincial del PSOE-A de Huelva [...] y como administrador del Grupo Socialista de la Mancomunidad de Servicios de la Provincia de Huelva, MAS» en el que reconoce, con desglose de todos los años, que, efectivamente, el PSOE ha acabado siendo el receptor real de

2.122.980,25 euros de los 2.218.130,38 euros asignados por la Mancomunidad a los representantes del grupo socialista en esta institución como pago por su representación y servicios prestados.

De esos 2,2 millones, de hecho, sólo 95.150,13 euros han acabado en el grupo socialista en la mancomunidad: el 4,29% del total y 11.893,76 euros por año. El 95,71% restante y nada menos que 265.372,53 euros por año han acabado, y siguen acabando, en las arcas del partido. El documento señala, por ejemplo, con respecto al último año contabilizado y explicado por completo que «durante el ejercicio 2020, al Grupo Socialista de la Mancomunidad de Servicios de la provincia de Huelva le corresponden, según su asignación por el pleno, la cantidad de 286.400,04 euros y estos han sido contabilizados como Ingresos de Origen Público».

* * *